

El camino alto de la creación

Miércoles de la X semana del T.O.
12/VI/2019
Oratorio de san Felipe Neri
Alcalá de Henares

«No he venido a abolir la ley y los profetas, sino a darles plenitud»

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. En verdad os digo que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos».

Con la expresión «la Ley y los Profetas» nuestro Señor hace referencia al conjunto de los libros que contienen la revelación veterotestamentaria y con ellos hace referencia también a la revelación misma de Dios, a la autodonación de Dios. De ella, Cristo no es sino la plenitud. Dios que se había revelado progresivamente en la historia, se ha revelado del todo entrando en esta historia como hombre. Dios, que se había dado por su Palabra, ha tomado carne para dársenos por entero a través de esta carne, la carne del Verbo, la carne sufriente y gloriosa. La interpretación más evidente de este pasaje ha de encaminarse a partir de esta vinculación entre la antigua revelación y Cristo.

Pero quiero fijarme en otro elemento, seguramente secundario. Al hablar de la Ley y los Profetas, Jesús hace también referencia a los preceptos de Dios. Alude a ellos de forma explícita: «el que se salte uno solo de los preceptos...; quien los cumpla y enseñe...». A la ley como el conjunto de los preceptos dados por Dios en la Antigua Alianza y a su relación con Cristo me quiero referir ahora.

¿Qué es este conjunto de preceptos? ¿Qué es la ley? Es un camino con orientaciones claras, un camino que orienta al hombre libre hacia el bien, hacia lo bueno, lo bello, lo verdadero y lo santo. Más aún: orienta al hombre no solo hacia un objeto que es lo bueno, lo bello..., sino hacia el propio perfeccionamiento del hombre, hacia su propia bondad y belleza y santidad, que depende de la relación con el que es bueno, es santo y es la verdad. De ahí que el primer mandamiento implique ya una indicación sobre esta relación del hombre con el Bien mismo, con la Verdad misma: «Amarás al Señor, tu Dios...». El hombre alcanza su propio bien, su propia perfección, no como un individuo aislado, sino en la relación definida por el amor de Dios. Pero quedémonos con que los preceptos son un camino que orienta al hombre hacia el bien, hacia la bondad del mismo ser del hombre en el amor con el Bueno.

La Biblia dice que el hombre fue ya creado bueno por Dios: «Y vio Dios todo lo que había hecho y era muy bueno». Dios ve la bondad de cada una de sus obras, también la del hombre. Aunque del hombre dice algo más que del resto de las criaturas: «a imagen de Dios lo creó». Son dos cosas: es bueno, como todo lo creado, pero es más, es imagen de Dios. Ahora, que exista *un camino*, que exista la ley para el hombre creado, para el que es imagen de Dios, indica que aún no está acabado. Indica que en el uso de su libertad, en el seguimiento de la Ley, puede la imagen de

Dios alcanzar una perfección y una belleza aún mayor. Su bondad no está aún terminada. ¡Tenemos un camino por delante!

Y si esto es así, la vida cotidiana, cada día, cada año, adquiere un inmenso valor. En cada momento de esta vida podemos ejercitarnos en los mandamientos para caminar hacia el bien de nuestro propio ser y caminar hacia el Bueno. Es posible que en el transcurso de los años y con cada golpe de la vida, con cada injusticia sufrida, con cada pena, con cada dificultad, nuestro cuerpo se degrade y nuestra humanidad se vaya llenando de heridas. Pero, al tiempo, guardando la sencilla ley de Dios, podemos hacernos cada vez más amables, más dignos del amor que está en nuestro origen y hacia el que nos encaminamos. Ningún instante está perdido, pasemos por el dolor o por la dicha, si sencillamente guardamos sus mandamientos.

Pensar esto me ha llenado de alegría, sobre todo por lo que dice Jesús: «Yo no he venido a abolir la Ley y los profetas, sino a darles plenitud», a llevarlas a su cumplimiento. Él nos toma en el camino de nuestra libertad, él nos toma, para llevar nuestra naturaleza creada y nuestras personas a su plenitud. Si él no hubiese venido a tomarnos, este camino que se orienta hacia el Bien ya sería bello, pero tendría en sí la dramática contradicción de no poder alcanzar su fin. Pero el mismo Verbo creador ha venido a tomar a su criatura y a hacer que salte todos los límites con un amor sin límite, el amor que lleva la carne a la perfección, el amor que amó «hasta el extremo» (Jn 13,1), el amor que brilla en la carne resucitada de Cristo.

Jesús nos tomó en este camino. Nos tomó en el seno de santa María Virgen cuando se hizo hombre. Nos toma aquí con su palabra, que llega hasta nuestra inteligencia y mueve nuestra voluntad. Nos toma aquí con su Cuerpo que se nos entrega para asimilarnos cada vez más a él. No caminamos hacia la oscuridad, sino hacia la santidad y nuestro cuerpo, ahora caduco, resplandecerá, porque él nos ha tomado y nos toma.

No ha venido a abolir el camino iniciado en la creación. No ha venido a instaurar otro camino distinto del iniciado «en el principio», cuando separó la luz de la tiniebla, pero ahora a la luz del sol creado se ha abierto un camino hacia una luz más luminosa. Ahora el cielo es más hermoso y la tierra más fecunda, ahora los caminos de este mundo llegan increíblemente alto. Tenemos un camino por delante y en ese camino él nos ha tomado y nos lleva con él, por su propio camino, su camino humano. Nada es vano.

Alabado sea Jesucristo

Siempre sea alabado